

## POETAS PORTUGUESES

## Encanto

No brilla el sol  
ni luz ninguna  
tiene la luna  
donde está ella!  
No hay una estrella  
que brille, ante  
la que es mi amante,  
la que es mi amada!

La madrugada  
¡cuánto no pierde!  
Y el campo verde  
qué mortecino!  
Su voz al trino  
vence del ave  
que por suave  
jamás la iguala!

La flor exhala  
de su redoma  
menos aroma  
que sus cabellos.  
Prendida en ellos  
queda la gente;  
prendida, y riente  
gusta inefable!

Qué risa afable  
darle Dios quiso!  
Qué paraíso,  
Señor, su boca!  
Penetra, toca,  
celos da al aire,  
con su donaire  
todo lo abrasa!

Por donde pasa  
y a donde llega  
¿quién no le ruega,  
ojos avaros?  
Dones muy raros,  
rara dulzura  
tiene su pura,  
casta existencia!

Oh, qué inocencia  
la que respira!...  
y el alma aspira  
no sé qué aroma  
en cuanto asoma,  
lejos, aquella  
pálida estrella  
que rige el mundo!

Nunca el profundo  
del océano  
al brazo humano  
perla le brinda  
tan clara y linda  
como la hermosa  
cándida rosa  
que quiero tanto!

No sé de santo  
qué hay en su gesto...  
qué aire modesto

tiene, qué todo!...  
Qué hay en su modo...  
Lo desvanece  
todo... parece  
que se abre el cielo!

JOAO DE DEUS.

(Alfar, La Coruña, Trad. de  
ENRIQUE DIEZ CANEDO).

## El cincuentenario...

(Viene de la página 299).

que immortalizó a Rosario. ¿Va con su  
recia y negra melena al aire, los ojos  
extáticos, cogido al brazo pálido de la  
Muerte, regando en versos sus postrimeras  
rosas de ilusión, como perlas el  
municipal Jorge Villiers?

Y así en las otras facultades. Por  
todas ellas vaga la sombra de Acuña.  
Es la que en las noches de fiebre se  
desliza en los cuartos de las «Casas de  
Huéspedes» y como el hermano del  
gran Alfredo, siéntase a la vera de los  
jóvenes, que, el libro sobre la mesa,  
ambulan por la Thulé de la quimera  
y persiguen en la Selva Oscura a la  
*creatura bella blanco vestita* del genial  
gibelino. Es ella también la que en  
los ágapes ruidosos de fin de curso,  
llega a deshojar en las copas los mir-  
tos de la alegría y a preguntar festi-  
vamente:

«Y qué ¿será posible que nosotros  
tanto amemos la gloria y sus honores,  
el arte y sus placeres, que olvidemos  
por eso los amores y más que los amo-  
res, las mujeres?...»

Es el poeta de los veinte años, el  
que posee todavía, a través de las  
tinieblas, el sortilegio de inclinar las  
cabecitas de las novias de provincia,  
de las niñas ingenuas y que sucumben  
a la consunción, de las que están «tris-  
tes de esperar». Y es el que ayer mismo,  
hizo «ennegrecer las canas» de más de  
una mujer que oyó ha medio siglo su  
querrela de enamorado y quizá, quizá,  
el desolador «¡Adiós por la vez última,  
amor de mis amores!»

Estudiante soñador: hoy que abras  
el volumen del que se desprende la  
inspiración del vate como el acre per-  
fume de una flor letal de Oriente, dí  
tu más cordial oración al espíritu  
luminoso de quien todo lo trocó por  
el «triste derecho de morir».

Doncellas lugareñas y vosotras, su-  
cianas de hoy y púberes de ayer:  
acompañad con el alma, la remem-  
branza del que os encendió un lumi-  
nar en la prosa de la vida.

Ningún coro será más grato al  
poeta, porque lo formarán con sus  
acentos lo que él simboliza: la juven-  
tud y el amor!

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

(Revista de Revistas, México, D. F.)

## PEQUEÑOS MOTIVOS

## Amor...

ESTA mañana he sentido más honda  
la nostalgia de tu ausencia, el  
vacío que en mi corazón ha puesto tu  
olvido...

Los pájaros, los árboles, el sol, todo  
tiene un encanto triste que me hace  
verme más solitario todavía...

Y he llegado hasta tu calle para verte  
pasar. Sin embargo, yo sé que estás  
muy lejos, lejos por la distancia, lejos  
porque nos separan nuestros caracte-  
res...

Sé que no estás en tu casa, poblada  
de recuerdos como el follaje de ni-  
dos... Y estoy en silencio, esperán-  
dote, con un vago presentimiento de  
tu llegada, que es sólo una ilusión de  
mi mente llena de tu imagen...

## Orgullo

HAS dicho que me conoces bien, que  
mi carácter no tiene secretos para  
ti... Pero cómo te engañas!

Si me dijeras: «perdóname, no te  
comprendía, ahora conozco tu cari-  
ño...» Y me mirases luego con tus  
dulces ojos que siempre parecen abs-  
traídos con no sé qué visión de leja-  
nías, y sonriera luego tu pequeña boca,  
nido de besos...

Si me llamaras otra vez con mi nom-  
bre, que talvez has querido olvidar...  
Si me tendieras tu mano suave, y con  
ella calmaras la fiebre de las mías...

Entonces, yo, que te amo loca-  
mente, con un amor hondo y sombrío,  
más intenso cuanto más callado, es-  
condería mi mano, desviaría mis ojos,  
fingiría indiferencia, para castigar tus  
desdenes pasados...

Y después, ¿lo adivinarías?—cuando  
te fueras ofendida y arrogante, ya  
para siempre, me sentaría en silencio  
y me pondría a llorar...

## Lejana

YO no sé donde estás... Como nunca  
hablo de ti, no me dicen ya qué  
haces ni a quién amas... Creen que te  
olvidé, y jamás te nombran frente a  
mí...

¿Dónde estás? ¿Para qué preguntarlo?  
Estás en mi corazón y en mis recuer-  
dos; estás en mi pasado, que nos une  
constante, y en cada uno de mis pen-  
samientos, y en cada una de mis pa-  
labras...

Estás junto a mí, tal como soñé que  
eras, dulce y gentil, como te conocí  
una tarde lejana...

Así te amaba, así te amo siempre...  
pero como nunca hablo de ti, no saben  
que no pregunto dónde estás porque  
siempre te tengo a mi lado...

RUBÉN YGLESIAS